

á su vista; si estaba, en fin, dotado del poder de predecir los casos excepcionales que dependen de la sola voluntad del observador, aunque, bajo otras relaciones, pasen más allá de los límites de su poder y de su inteligencia, se tendría que admitir que una máquina constituida de este modo supone un poder inimaginable de invención.

La máquina de cálculos analíticos que he puesto á la vista del lector posee estas cualidades. Es hecha para obedecer á toda ley dada, y para producir, en períodos tan lejanos como se quiera, una ó muchas excepciones aparentes á la ley. Es necesario, sin embargo, observar que esta ley aparente impuesta á la atención del espectador, por efecto de una inducción ilimitada, no es la plena expresión de la ley en virtud de la cual funciona la máquina. Hay que notar además, que el caso de excepción es también absoluta é irresistiblemente la consecuencia necesaria de la organización primitiva de la máquina, que cada cálculo individual toma en la masa de los que puede eventualmente producir. En su plan primitivo no tuve la intención de dar á la máquina el poder de hacer cálculos otro tanto más allá del análisis matemático de los que acabo de hablar; ni aun entreveo actualmente un período después del cual esta extensión podría ser útil al espíritu humano. Únicamente me preocupé el pensamiento de dar á la invención un grado de generalidad que encierre una gran manifestación de poder matemático. Perfectamente conozco que las generalizaciones mecánicas que puede recibir exceden de mucho á la que tuve tiempo de estudiar. He desviado igualmente ciertas combinaciones que sólo podrán tener utilidad de aquí á mucho tiempo. En medio de las que he sido llevado á estudiar, he observado las posibilidades de que acabo de hablar; y las reflexiones que han producido en mi espíritu me han obligado á proseguir mis pesquisas. Si el lector conviene conmigo en que estas especulaciones conducen á una concepción más elevada del gran Autor del universo que las vislumbreadas hasta aquí, convendrá también que el estudio de

las más abstractas ramas de la mecánica práctica, combinado con el de lo que de más profundo tienen las matemáticas, no impide de ningún modo al espíritu humano el percibir las razones evidentes de la verdad de los dogmas de la religión natural. Atrévome aun á decir que estos caracteres suministran tal vez pruebas más estensas de la grandeza de la creación que suministradas hasta el presente por las ciencias de observación ó la física.

Es también esta vez la última palabra, el *non plus ultra* de la ciencia más avanzada, y yo no tengo nada que añadir. La ciencia ha hablado, como Roma hablaba; la causa está acabada.

Capítulo vigésimo octavo.—El pecado original.—Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, han sido colocados en el paraíso terrenal. Después de un tiempo de prueba fijado por Dios, deben, sin morir, entrar en posesión de la felicidad sobrenatural de los cielos. Pero desobedecen y comen el fruto vedado. Decididos al instante de la vida de gracia y justicia original, son arrojados del paraíso terrenal, condenados á la fatiga, al sufrimiento, á la muerte; y caen bajo el poder del demonio que los ha animado en su desobediencia. El castigo y sus funestas consecuencias, la ignorancia, la concupiscencia, la privación de la gracia santificante, la esclavitud del demonio, etc., se extienden á la posteridad entera de Adán y Eva. Nosotros nacemos concebidos en el pecado, hijos de cólera, excluidos de la dicha sobrenatural de los cielos: *este es el dogma y el misterio del pecado original*. Dogma y misterio claramente afirmados y definidos en la santa Escritura, en la enseñanza de la Iglesia, en las tradiciones del género humano.

«Mira, decía David, que yo he sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.» (Ps. L.)
«¿Quién, decía Job, puede hacer limpio al que de *inmundamente* fué concebido? ¿Cómo el hombre nacido de padres culpables podría ser inmaculado y justo?» (xiv, 4; xv, 14).

«El pecado ha entrado en el mundo, decía san Pablo, por un solo hombre, en quien todos han pecado, y por el pecado la muerte que no ha perdonado á nadie. (Rom. v. 12.) «Somos por naturaleza hijos de ira.» (Efes. ii, 3.)

Resumiendo las enseñanzas de las santas Escrituras, de los santos Padres, de los concilios anteriores, el juicio y el sentir de la Iglesia universal, el concilio de Trento formula de este modo sus anatemas: «Y si alguno rehusare reconocer que Adán, el primer hombre, despues de haber violado en el paraíso terrenal el mandato de Dios, perdió al instante la santidad y justicia en las cuales este les habia establecido; que por esta prevaricacion incurrió en la cólera de Dios, y por consecuencia en la muerte con que Dios le habia amenazado antes, en la servidumbre de aquel que desde entonces tuvo el imperio del mundo, el demonio, y que, por este pecado, Adán todo entero, en su cuerpo y alma, fué reducido á peor estado, sea anatema. 2.º Si alguno afirmare que la prevaricacion de Adán perjudicó á él solo y no á su raza, que perdió para él solo, y no para su posteridad, la santidad y la justicia que habia recibido de Dios, ó que manchado por su pecado de desobediencia, sólo estendió por todo el género humano la muerte y las penas del cuerpo, y no también el pecado que es la muerte del alma, sea anatema.»

Es pues de fe: 1.º que Adán fué creado, no en estado de naturaleza pura, sino en la santidad y justicia sobrenaturales, dones voluntarios de Dios; 2.º que por su pecado cayó del estado sobrenatural de justicia y santidad, y fué reducido al estado de naturaleza pura (esta es al menos la opinion del mayor número de teólogos, y nos parece que el comparativo *peor* del concilio de Trento no puede tener otra significacion); 3.º que la prevaricacion de Adán se ha hecho comun á toda su raza, no solamente en cuanto á la pena y á la muerte, sino aun en cuanto á la culpa, ó mancha inherente y propia á cada uno; en este sentido han pecado realmente todos en Adán, y nacen

pecadores, hijos de cólera, no por imitacion, sino por propagacion.

Esta historia de la caida del hombre, de la proscripcion de la raza humana, es además afirmada por el conjunto de todas las tradiciones. Encontramos, en efecto, por todas partes, al hombre primitivo creado en un estado de inocencia, de felicidad y civilizacion; colocado en un lugar de delicias; rey de la naturaleza, dando á los animales los nombres que llevan; conversando familiarmente con Dios, etc.; á la primera mujer prestado oído á la voz de la serpiente ó introduciendo el mal en el mundo; á Adán perdiendo toda su posteridad por su fatal condescendencia al deseo de Eva; á Adán y Eva avergonzados de su desnudez, y haciéndose vestidos para cubrirse; á Eva condenada á parir con dolor; á Adán y Eva entregados á la ignorancia, á la concupiscencia, al sufrimiento y á la muerte; la denunciacion de una enemistad entre el hombre y el demonio; la promesa del perdón y de un mediador entre Dios y el hombre, etc., etc.

Podríase invocar, en fin, en favor del dogma cristiano, el estudio psicológico del alma humana y la prueba experimental. Estos nos dicen, en efecto, que la turbacion, el desórden, la contradiccion y por consiguiente la caida ó degradacion están en el alma humana. La antigua Pedra, así como Job y san Pablo, quéjense amargamente de no poder hacer el bien que aman, y de ser fatalmente arrastrados al mal que reprueban. «Nada nos choca más rudamente, decía Pascal, que esta doctrina del pecado original, y sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles en nosotros mismos... El hombre es más inconcebible sin este misterio que inconcebible es el misterio para el hombre... Confieso que al momento en que la religion cristiana descubre el principio de que la naturaleza está corrompida y caida, abre los ojos para que *vean por todas partes* el carácter de esta verdad; porque la naturaleza está de tal modo que señala *por todas partes* á un Dios perdido, en el hombre y fuera del hombre.» Bos-

snet dice á su vez: «¿De dónde viene esta discordancia, y por qué veo estas partes tan mal ordenadas? Estas dimensiones tan mal acomodadas, con fundamentos tan magníficos, ¿no gritan bastante alto que la obra no es absolutamente divina, que el pecado ha mezclado en ella lo suyo, que el hombre ha querido edificar á su modo sobre la obra de su Creador y se ha alejado de su plan? ¡ved el sentido del enigma, ved la solución de la dificultad! En fin, Chateaubriand ha dicho: «El pecado original ha existido, puesto que el hombre, tal como lo vemos, no es verdaderamente el hombre primitivo. Contradice á la naturaleza, desordena cuando todo está ordenado, enreda cuando todo es sencillo; misterioso, voluble, inexplicable, está visiblemente en el estado de una cosa que un accidente ha trastornado. Es un palacio desplomado y edificado de nuevo sobre sus ruinas... La confusión y el desórden en todas partes, sobre todo en el santuario.» El mismo Bayle ha dicho, vencido por la evidencia: «La vida presente casi no es otra cosa que un combate continuo de las pasiones con la conciencia, en el cual esta es casi siempre vencida. Lo que más extraño y bizarro hay en este combate, es que la victoria se declara muy á menudo por la parte que ofende los ideas que se tienen de la honradez y el conocimiento que se tiene á la vez de su interés personal. El verdadero sistema de los cristianos es el que sólo puede resolver estas dificultades. Nos enseña que, desde que cayó el primer hombre de su estado de inocencia, todos sus descendientes han estado sujetos á tal corrupción, que á menos de una gracia sobrenatural son necesariamente esclavos de la iniquidad, inclinados á hacer el mal, etc.»

El hecho psicológico extraño, de que somos seres contradictorios con nosotros mismos, no viene de Dios que es el órden esencial y que no puede ser autor del desórden. No viene de la debilidad inherente á todo sér finito, porque el alma hecha á imagen de Dios es naturalmente inclinada hácia Dios. No viene del abuso que hubiéramos hecho personalmente de nuestra libertad, porque nos sentimos in-

clinados y llevados al mal desde la infancia, desde el momento que podemos hacer uso de nuestras facultades, como si el vicio nos fuese natural y naciese en nuestra alma, del mismo modo que las zarzas y los espinos nacen en la tierra, de ellos mismos y sin cultivo. Luego la contradicción sólo puede venir de una falta primitiva que nos es trasmitida por herencia, por nacimiento.

Pero lo reconocemos, esta prueba suministrada por la psicología y la experiencia no tendrá valor hasta que no se haya probado: 1.º que el estado de naturaleza pura es contrario á la naturaleza de Dios y del hombre; 2.º que nosotros nacemos en un estado de contradicción peor que el estado de naturaleza; pues bien, 1.º todos admiten, y es casi un dogma de fe, que Dios hubiera podido contentarse con dar al hombre salido de sus manos, lo que constituye esencialmente su naturaleza, *largiens naturam*, sin añadirle de buen grado, voluntario y benévola mente la gracia, *donnas gratiam*; 2.º muchos teólogos no vacilan en conceder que el estado actual del hombre no es, bajo ningún punto de vista intrínseco, peor que el estado de naturaleza pura; que no hay entre el hombre de naturaleza pura y el hombre caído otra diferencia que la que hay entre un hombre desnudo y un hombre despojado; que nuestra corrupción no es el efecto ni de la privación de un don natural, ni de una cualidad mórbida de la que el alma estaría afectada. Segun esta opinion, bastante comun y tolerada por la Iglesia, el pecado original consistiría por completo en la privación de la vida de la gracia y de los dones sobrenaturales del alma, causada por la desobediencia de Adán. Hay entré Adán y nosotros una solidaridad esencial; en nombre de esta solidaridad nacemos en la indigencia en que cayó; la justicia divina nos retira privilegios gratuitos y nos despoja de los dones sobrenaturales.

Es evidente que bajo este punto de vista, las objeciones con que se combate el dogma ó misterio del pecado original pierden todo su valor. No se puede decir en efecto:

1.º que este dogma sea un dogma bárbaro, puesto que la privacion de los dones gratuitos y sobrenaturales no es contrario ni á los atributos de Dios, ni á los derechos esenciales del hombre; 2.º que el hijo sería, contra toda equidad, culpable de un pecado que no ha cometido, pues que la transgresion es obra única de Adán, que sólo cometió un pecado original; que el hijo nace simplemente en la privacion de los dones gratuitos; 3.º que sólo podría explicarse la complicidad del hijo por la preexistencia de las almas ó una especie de panteísmo humanitario; porque no hay ninguna participacion del hijo en la falta adámica; 4.º que nosotros esplicamos la concupiscencia por la concupiscencia, porque no es á la concupiscencia sino á la libertad únicamente á la que pedimos la razon de la posibilidad de la falta original.

Pero yo véome forzado, á pesar mio, á admitir que esta teoría es demasiado indulgente, que el pecado original no puede ser una simple negacion ó privacion; que entre el hombre caído y el hombre de naturaleza pura, hay más diferencia que entre el hombre despojado y el hombre desnudo; que la respuesta á las objeciones es demasiado fácil; que, en una palabra, las esplicaciones hacen desaparecer demasiado, ó mejor dicho suprimir el misterio del pecado original. Esta doctrina no se ajusta bastante, ni con la *concepcion de la inmunda simiente* de Job, ni con la *concepcion en las iniquidades y en el pecado* de David, ni con las terribles palabras de san Pablo, *hijos de ira por naturaleza*, ni con el *género humano infectado hereditariamente por algun pecado*, de santo Tomás de Aquino, ni con el hombre herido en sus facultades naturales, y constituido en *un estado peor*, del concilio de Trento. Para mí, pues, la transmision á todos los hombres del pecado original supone más que un simple despojo, una alteracion intrínseca, una disminucion verdadera y profunda de las facultades naturales. La concupiscencia del hombre caído es más ardiente y avasalladora; la prontitud al mal de sus sensaciones y pensamientos, que inspira-

ba ya á Dios una profunda piedad, es más intensa; la malicia en que está el mundo entero sumido, es más terrible que no lo sería en el estado de naturaleza pura. Sí, hay perversidades humanas que salen del orden natural, á las que se puede llamar sobrenaturales, porque son la consecuencia necesaria de una naturaleza viciada, ó de una influencia, de una obsesion satánica extremada, á la cual el hombre no hubiera sido entregado en el estado de naturaleza pura. El infierno se encarniza contra el género humano y circula á su alrededor, como leon ávido de su presa, no por odio á la creacion, sino por odio á la redencion. Falta demostrar que esta alteracion de la naturaleza humana en Adán y su transmision á su posteridad son razonables, justas, conformes á las leyes generales de la creacion, de la generacion, etc., ó que son en toda verdad la consecuencia necesaria de las ideas universalmente admitidas sobre la solidariedad inherente á la unidad física, fisiológica, moral y social del género humano.

La razon y la fe nos enseñan que el alma humana es la forma substancial del cuerpo, el agente por el cual el sér humano es, vive, siente; el principio de todos sus actos, de todas sus operaciones ó funciones, nutricion, crecimiento, generacion, etc., etc. Por lo mismo que es la forma substancial del cuerpo, el principio de sus actos, si el alma sufrió, en el primer padre del género humano, una modificacion profunda, debe tener su eco en la naturaleza humana toda entera; pues bien, ¿qué modificacion más profunda en el alma que la cesacion brusca de la vida sobrenatural de la gracia? Es, pues, completamente natural que por el pecado la naturaleza humana haya sido profundamente alterada; que el imperio del alma sobre el cuerpo y los sentidos del cuerpo hayan disminuido en una proporcion considerable; que la inteligencia haya llegado á ser menos accesible á la verdad, la razon menos recta, la conciencia menos iluminada, los sentidos menos sumisos á la razon, etc., etc. Comprendida de este modo la alteracion misteriosa de la naturaleza humana, compren-

dese tambien, sin trabajo, la transmision hereditaria, porque es á su vez una consecuencia natural de la generacion. Es tambien el alma, forma del cuerpo, la que determina esta funcion misteriosa, y el gérmen que la constituye es el mismo pasivo del alma, modificado ó alterado, cuando el alma ha sufrido una profunda alteracion. ¿No encontraríamos aquí la razon del *gérmen inmundado de Job*? Hemos probado que la concepcion está bajo la dependencia de las impresiones recibidas en el exterior; hemos explicado de este modo la parturicion de los corderos manchados de Jacob, declarada primero imposible, y proclamada hoy un fenómeno cotidiano, confirmado por el hecho inmenso de que la piel de los animales y la pluma de las aves salvajes tienen una deformidad verdaderamente admirable, mientras que entre los domesticados esta uniformidad dá lugar á una variedad indefinida. Si una simple impresion fisica obra tan profundamente sobre la concepcion, ¿cómo no ejercerá una influencia enérgica el estado del alma, forma del cuerpo? Es una ley general de la naturaleza que todo sér engendra á otro sér semejante á él, y que todo sér engendrado se encuentra en el estado del sér que lo engendra bajo todos los aspectos, á no ser que haya desvío de la naturaleza. Este principio gobierna el reino vegetal y el reino animal; lo encontramos en el reino humano, pero con una movilidad mayor, bajo todos los puntos de vista, fisico, fisiológico, moral y social. Existe, incontestablemente, en el seno de la humanidad, por efecto de la unidad de origen, una ley de herencia que lo abraza todo: la constitucion fisica con la salud y la enfermedad, el carácter ó natural bueno y malo, la nobleza y la degradacion, el mérito y el demérito, la libertad y la servidumbre, la riqueza y la pobreza, la verdad y el error, los bienes del cuerpo y los bienes del alma, los bienes del tiempo y los bienes de la eternidad. La ley de solidaridad, considerada como teniendo su origen en la unidad moral ó social, encuéntrase entre el cuerpo y el alma, entre los miembros de un mismo

cuerpo, entre los ciudadanos de una misma nacion, entre todos los miembros de una misma familia, de un mismo estado ó aun de la humanidad, entre el hombre y el mundo material, entre el hombre y el mundo espiritual. En resumen, puesto que, de una parte, la solidaridad está por doquiera, y de otra, la ciencia vá multiplicando sin cesar los ejemplos ordinarios y extraordinarios de *atawismo*, esto es de transmision, á través de muchas generaciones, de detalles, aun secundarios, de la organizacion fisica, fisiológica, psíquica, ¿cómo se rehusaria creer en la transmision de la decadencia original? El solo hecho, sin excepcion y tan profundamente misterioso de la perpetuidad de los géneros, de las especies, de las mismas variedades, obliga en alguna suerte á admitir que la realidad de todos los seres sucesivamente engendrados está contenida en el primer padre; es, pues, completamente natural que el género humano todo entero haya pecado en Adán. «El huevo, decia M. Claudio Bernard, que tenia fama sin embargo de ser positivista ó aun materialista, es la primera condicion de la ley organogénica que preside á la evolucion de todo sér viviente... Es, sin contradiccion, de todos los elementos histológicos el más maravilloso, porque le vemos producir séries enteras de organismos enteros.»

¿Qué seria si llamásemos en ayuda del misterio del pecado original la pangénesis de Darwin, última palabra de la ciencia más aventurada, que quiere que la simple célula elemental contenga, no solamente los elementos ó principios constituyentes de los cuerpos, sino tambien, bajo forma de gémulas tóxicas, los principios de los estados mórbidos, las enfermedades hereditarias, las deformidades, monstruosidades, etc., etc.!

Pero, dirán, el pecado original es una afeccion de las almas, que no son transmitidas ó engendradas, que son al contrario inmediatamente creadas ó infundidas en los cuerpos, ya sea en el instante mismo de la concepcion, ó ya en el de la organizacion. Podríamos admitir con muchos filósofos, Padres de la Iglesia y doctores, que la trans-

mision de las almas se hace como la de los cuerpos por generacion y propagacion, lo que haria desvanecer toda dificultad. Pero ahora, como es incomparablemente más probable la creacion inmediata de las almas, nos es permitido creer que el alma creada directamente, pero infundida en el gérmen, que Job llamaba tan sabia y elocuentemente *inmundo*, y de cuyo gérmen es la forma evolutiva, sólo pueda hacer evolucionar un sér degradado y decaído. En esto consiste realmente el secreto del pecado original, cuyo *cómo* constituye por lo menos un profundo misterio. Sin ninguna duda que si el pecado original fuese un pecado actual, lo que es contradictorio en los términos, seria, en efecto, absurdo atribuirlo á las almas que no existian. Pero tratase no de un acto, sino de un estado; pues bien, compréndese muy bien que el alma sea constituida en este estado de decadencia ó degradacion, por lo mismo que se convierte en la forma de una simiente infecta: *De immundo conceptum semine!*

En resumen, el pecado original ó la transmision en el género humano todo entero de la transgresion de Adán, es una consecuencia legitima y natural de las leyes de la generacion y de la solidaridad humana. Nada tiene de injusto, y aun está en nuestro derecho el exclamar con la Iglesia: *Felix culpa!* ¡Si, feliz culpa! puesto que ha sido divina y superabundantemente compensada por los augustos misterios de la Encarnacion y de la Redencion; pues que allí donde el pecado habia abundado, la gracia ha sido superabundante; puesto que, si por el pecado de uno solo la muerte habia reinado, por la muerte de uno solo ha reinado la vida superabundantemente y para la eternidad.

Capítulo vigésimo nono.—El misterio de la Encarnacion.—La Encarnacion es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre; nos es revelado en estos términos por san Juan, al principio de su Evangelio: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que

fué hecho se hizo sin Él.... Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de Él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» San Juan dice tambien en su primera Epístola: *Lo que era desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos del Verbo de la vida, os lo anunciamos.* Los apóstoles nos han enseñado á repetir sin cesar: «Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, que nació de la Virgen Maria, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado, resucitó, subió á los cielos, está sentado á la diestra del Padre todopoderoso, de donde vendrá á juzgar los vivos y los muertos.»

Este dogma misterioso es más claramente definido todavía en el símbolo de san Atanasio: «Es necesario á la salvacion eterna que se crea fielmente en la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo. Una fe recta nos obliga, pues, á creer y confesar, que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre. Dios engendrado antes de los siglos de la sustancia de su Padre, y hombre nacido en el tiempo de la sustancia de su madre. Dios perfecto y hombre perfecto, subsistiendo por una alma racional y una carne humana. Igual á su Padre segun su divinidad, menor que su Padre segun su humanidad; que, aunque sea Dios y hombre, no es dos, sino un solo Cristo. Uno, no por la conversion de la divinidad en carne, sino por la asuncion de la humanidad en Dios. Uno absolutamente, no por la confusion de la sustancia, sino por la unidad de la persona. Porque, del mismo modo que el alma racional y la carne son un solo hombre, Dios y el hombre son un solo Cristo.» Ved pues en conjunto la definicion del misterio, y la comparacion natural que nos hace entrever su posibilidad. En efecto; pues que el mismo hombre es una encarnacion, un espíritu unido á su carne, en la unidad de persona ó de yo, ¿por qué en Jesucristo la divinidad no estaria unida á la humanidad en la unidad del yo divino,

asi como el alma está unida al cuerpo para formar únicamente un yo humano? El alma es simple, activa, indivisible, indestructible; el cuerpo es inerte, estenso, divisible, corruptible. ¿Cómo pudo el alma unirse á él? Un día el espíritu fué infundido ó inspirado en la materia; y todos dos no han formado más que un hombre, sin que se pueda decir jamás de qué manera se constituye esta misteriosa unidad. Yo tengo un cuerpo, tengo una alma, y siento que están estrechamente unidos. Siento su absoluta distincion, pero siento tal vez mejor su reciproca penetracion. La ciencia la vé hasta el punto de exagerarla. No hay en mi espíritu un pensamiento, un sueño, etc.; no hay en mi corazon una emocion, un sentimiento que no dejen su huella en uno de mis órganos. Á su vez no hay molécula del corazon que no obre á su vez sobre mis pensamientos ó afecciones. Lo mismo acontece á mis otros órganos; son materiales por naturaleza, pero unidos á mi alma, han tomado cierta espiritualidad. Lo que observamos en la encarnacion humana, ¿por qué no lo encontráremos en la Encarnacion divina? Dios es espíritu, el alma es espíritu, Dios ha hecho al alma humana á su imagen, es de su linaje. En el momento en que el alma humana de Jesús iba á unirse al cuerpo formado de la más pura de las sangres, la de María, por intervencion del Espíritu Santo, para elevarlo á la cualidad de persona humana, ¿por qué el Verbo divino no habrá podido unirse á esta alma humana y elevarla, en union de su cuerpo, á la dignidad infinita de persona divina, en que el hombre no subsiste en sí mismo, sino en el Verbo divino? En esta union tan extraordinaria, no hay más que una persona, el Cristo, el Hombre-Dios. Jesucristo es verdaderamente hombre, tiene un espíritu como el nuestro, una imaginacion, una sensibilidad, una voluntad, un corazon y tambien un cuerpo semejantes á los nuestros. En Él la naturaleza humana está completa; ningún hombre ha sido más hombre que Él. Y al mismo tiempo es Dios, plenamente Dios, perfectamente Dios, y basta una mirada para asegurarse de ello,

como basta una mirada para ver en Él al hombre. «Nace, dice Bossuet, pero nace de una Virgen, y su nacimiento es anunciado por los ángeles. Come, cuando le place, y servido, cuando quiere, por los ángeles. Puede pasar sin ningun alimento material; su comida es la voluntad de su Padre. Pide de beber á la Samaritana, pero le revela los secretos de su corazon y la convierte. Oye la acusacion proferida contra la mujer adúltera, pero al mismo tiempo escribe sobre la arena los crímenes secretos de los acusadores. Duerme, pero durante su sueño impide que se vaya á pique la barca. Camina, pero cuando lo ordena, el agua permanece firme bajo sus piés. Escupe, pero el lodo que hace con su saliva vuelve la vista á un ciego de nacimiento. Llorá á Lázaro, pero lo resucita. Muere, pero muriendo pone el temor en el corazon de la naturaleza entera. Divide el pan con los discípulos de Emmaús, pero llena sus corazones de ardores completamente divinos. Tiene por todas partes un medio tan justo, que mostrándose hombre, se muestra al mismo tiempo Dios; declarándose hombre, se declara tambien Dios. La economía es tan sabia, la dispensacion tan prudente, todas las cosas son tan admirablemente ordenadas, que la divinidad aparece toda entera, y la humanidad toda entera.»

Pero ved una cosa más admirable todavía que la existencia de las dos naturalezas. Hay en mi dos naturalezas, una naturaleza material y otra espiritual. Pero yo creo sentir, además, como una union íntima de estas dos naturalezas. Hay un tercero que dice mi alma y que dice mi cuerpo, que habla de la una y del otro como suyos. Este tercero, que perteneciendo al alma, pero al alma en tanto que es un doble foco de acciones, y cuya responsabilidad acepta, es el *yo*, es la persona humana. Pues bien, la Fe nos manda concebir del mismo modo en Nuestro Señor Jesucristo dos focos de acciones; un foco de acciones humanas, porque es hombre; un foco de acciones divinas, porque es Dios; pero con un centro único de responsabilidad, un solo *Yo*, una sola *persona*, el yo del Verbo divino,

la persona del Hijo de Dios. Luego todas las acciones de Jesucristo, espirituales y corporales, humanas y divinas, son las acciones del Verbo, del Hijo de Dios. Nace, ora, piensa, ama, sufre; pero una lágrima de sus ojos, un suspiro de su corazón, un acto de adoración y de amor, tienen un precio infinito. Pues que la encarnación humana, la unión hipostática del cuerpo y del alma escapa á toda mirada del espíritu, ¿cómo admirarse que la encarnación divina, que la unión hipostática de la naturaleza divina y de la humana permanezca un misterio impenetrable? Del mismo modo que lo que es un enigma insoluble en el hombre, no es ni la presencia del cuerpo, ni la presencia del alma, ni la transpiración del alma en todo el cuerpo, sino el cómo de la fusión del alma y del cuerpo en tan armoniosa unidad, así también el misterio de la encarnación divina, no es ni la presencia en Jesucristo de la divinidad, ni de la humanidad, ni aun la unión hipostática de la divinidad y de la humanidad, sino el cómo es realizada y ejercida esta unión inefable, cómo se ha hecho carne el Verbo.

Este adorable misterio de la Encarnación es perfectamente digno de Dios, á quien Jesucristo, el Hombre-Dios, presta homenajes proporcionados á su soberana majestad. Es una fuente de grandeza, de dicha, de gloria para la humanidad, á la cual ofrece un Dios que no se pierde en lontananzas imposibles, en rayos de una luz inaccesible, porque es hombre y responde simpáticamente á todas las exigencias de la naturaleza humana, y tanto más que el Hombre-Dios se ha dignado tomarla decaída, miserable, humillada, paciente; se dá por madre la más bella, la más pura de las criaturas humanas; aparece niño lleno de bondad y dulzura; consagra treinta y tres años á hacer bien, y dignase morir por los hombres que tanto ha amado.

¡Y cuán admirables fueron las consecuencias de la Encarnación! El mundo vé reaparecer de repente, redimida de las ignominias de la caída, la belleza del hombre fun-

dada en la belleza de Dios, y esto fué una cosa tan elevada, tan pura, tan atrayente, que los apóstoles fueron conquistados con una sola mirada, y las turbas se estremecieron. Lo que se había adorado sobre el semblante del Maestro, presto se contempló con admiración sobre el de los discípulos; víéronse aparecer tipos nuevos, de una belleza desconocida, de una gracia, de una dignidad, de una paz, de una modestia, de una energía, de una serenidad inauditas; y el sonris de los cielos dibujarse en sus semblantes de niños, de doncellas, de vírgenes, de pontífices, de confesores. En una palabra, por la Encarnación, el hombre conviértese en participante de la naturaleza divina, heredero de Dios, coheredero de Jesucristo y de su gloria eterna.

¡Cómo no aceptar con transportes de admiración y de alegría este bendito misterio de la Encarnación que nos ha dado á Jesucristo, al Verbo hecho carne!

¡Jesucristo! Su espíritu es el más bello, el más elevado, el más vasto, el más penetrante, el más universal, el más perfecto! ¡Nada ha aprendido y lo sabe todo. Vé á Dios, su unidad adorable, su infinita simplicidad, la Trinidad de las personas divinas y sus misteriosas operaciones, todo lo que el espíritu humano descubrirá en la série de los siglos, estos mundos inmensos que entrevé lentamente y por etapas seculares el ojo del filósofo, del matemático, del geómetra, del astrónomo, del geólogo, del químico, del físico, del naturalista, del fisiologista; estas bellezas exquisitas de la naturaleza que el poeta trata de cantar, el dibujante de pintar, de reproducir el escultor, deslumbrando sus miradas y enajenando su alma, la más sensible de todas las almas, á la que inundaban juntas toda luz creada y toda luz increada, que lo había aprendido todo de su Padre.

¡Jesucristo! Su corazón es tan amante que no puede ver correr una lágrima sin enternecerse. Tiene todas las purezas y no puede mirar un pecador sin entreabrirse. Tiene todas las impacencias, todas las santas precipitaciones del

amor. *Desiderio desideravi...! Quomodo coarctor...!* y no se cansará de llamar á la puerta, feliz, si despues de veinte, de treinta años de espera, logra conquistar un alma. Nada puede entibiar su amor, ni el olvido, ni la indiferencia, ni la rebeldía, ni la traición. La ingratitud, esta fué la culpa de Judas, le reanima. Abandonado, despreciado, escupido, no necesita ningún esfuerzo para amar más todavía y hasta el exceso. ¡Antes de haber dado la última gota de sangre, había soñado sobrevivir en el amor! Por una admirable industria se condenará voluntariamente á amar para siempre, en todo tiempo, en todos los lugares y hasta el fin del mundo, en el adorable sacramento de su amor. ¡Qué gloria y qué dicha para la tierra poseer un corazón que ama á Dios, como Dios se ama á sí mismo y á los hombres con un amor infinito!

¡Jesucristo! Su voluntad es santa, de una santidad absoluta, esencial. Dones inefabables del Espíritu Santo de sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor filial de Dios, la constituyen en un estado de vida completamente divina y de éxtasis incesante. El Espíritu Santo no se ha dado á Él con medida, ha reposado sobre Él, según la enérgica espresion de Isaias.

¡Jesucristo! Su cuerpo immaculado está en perfecta armonía con lo majestuosa belleza de su alma. Resonaba bajo la acción del más poderoso pensamiento, que lo inundaba de las imágenes luminosas y más verdaderas; enviaba al más ardiente de los corazones las palpitaciones de la sangre más pura y ferviente. Imaginad el organismo más armonioso que pueda existir, el más delicado y el más fuerte, el más sensible y el más inalterable: ponnedlo al servicio de la más bella, de la más grande de las almas, y tendreis el cuerpo santísimo y bellísimo de Jesucristo. Aunque un discreto velo envolvía providencialmente este foco de irradiaciones divinas, se escapaba de él una atmósfera de luz, de gracia, de virtud, y algunas veces como sobre el Tabor, una aureola de rayos de una blancura deslumbrante. Habitualmente su semblante

brillaba con dulzura, una sola de sus miradas conquistaba los corazones, una sola de sus palabras arrebatava las almas. ¿Qué imaginación, qué lapiz, qué cincel, qué pincel, qué pluma podrá jamás bosquejar la belleza completamente divina de Jesucristo? Desde que he contemplado, decia santa Teresa, la inefable belleza de Jesucristo, está sin cesar ante mis ojos. Su supremo esplendor me hace despreciables todas las bellezas de este suelo. «¡Ah! ¡cuán bello sois, amado mio, escribia Bossuet, cuán bello y agradable! Esta admiracion atrae al alma á cierto silencio, que hace callar todas las cosas para ocuparse de aquel que ama. De suerte que todo lo que puede el alma, en esta bienaventurada admiracion, es dejarse atraer más y más por los encantos de Jesucristo y responder únicamente á la atraccion por un cierto ¡ah! de admiracion. ¡Oh Jesucristo, ó Jesucristo, ó Jesucristo! es todo lo que puede decir. Poco á poco todo otro objeto se borra de su corazón ó bien el corazón dice: ¡esto es bello, pero no es Jesucristo! Entonces, en una santa impaciencia, ya parece que fuerza á las criaturas para que hablen resueltamente de su carísimo. «¡Ea! ¡hablad pues! ¡Ea! ¡hablad pues! Hablad todavía.» E impone silencio á todo lo que no habla de Él. Despues no puede sufrir que se hable de Él, porque todas las criaturas no pueden hablar como conviene, y es insoportable al alma oír hablar de Él débilmente. Pide, pues, que se callen, y ruega á Jesús que hable él solo de lo que es. Y luego despues le ruega que ni Él mismo hable, porque podría decir en lenguaje humano que fué digna de Él. Le ruega, pues, que se calle y que se imprima solamente en el fondo de su corazón, para atraer hácia ella todas sus potencias, y dejarla decir en secreto: ¡Oh Jesucristo! Oh Jesucristo!» ¡Qué esplendor de la fe son estos inspirados acentos de uno de los más bellos géneos de la humanidad!

Ved diez y ocho siglos que, bajo todas las formas, el arte ha tratado de reproducir la divina figura de Dios hecho hombre sin haber podido satisfacerse. Nada le ha faltado, ni el génio, ni la santidad, ni la santidad unida al génio.

El bienaventurado Angélico de Fiésole consagró á esta obra sublime todo el talento que Dios le habia dado, todo el ideal que su casto corazon habia recogido, toda la luz que la más ardiente imaginacion habia puesto en él. Uno se arrodilla involuntariamente ante su *Ecce Homo*, cuya mirada, de la más tierna belleza, no recuerda nada de lo que se haya visto sobre la tierra; siéntese uno como arrastrado á este inefable cortejo de todos los que han amado á Jesucristo y que lo llevan al sepulcro. Pero aun en esta composicion verdaderamente celestial se siente que el arte es vencido. Nada iguala á la calma, á la grandeza, á la suprema serenidad, á la ternura infinita de Cristo en la *Cena* de Leonardo de Vinci. Sus ojos de una belleza deslumbradora, sus labios dilalados por el amor, sus manos estendidas, no sé qué cierta inclinacion de todo el cuerpo hácia el lado del corazon dan á esta figura una uncion penetrante; pero no es todavía Jesucristo. Jamás la mano de Rafael habia estado más segura, jamás más maravillosas visiones de belleza habian dominado su alma que en el cuadro de la Transfiguracion. Contrastes que embargan iluminan la celestial aparicion del Hombre-Dios. ¡Con qué arte coloca á sus piés este niño atormentado por el mal espíritu, y esta madre sublime cuyos brazos estendidos respiran tanta fe! ¡Cuán bien hacen resaltar este sér que sufre y esta belleza humana, la luz, la calma, la gloria de la humanidad transfigurada en Jesucristo! Pero ¡oh! arte humano! confiesa tu derrota; esto no es todavía ni una sombra de la adorable belleza de Jesucristo, que ilumina con una luz resplandeciente el misterio de la Encarnacion. He tomado los más bellos rasgos de este cuadro magnífico de Jesucristo de la obra del abate Bougaud.

Capítulo trigésimo.—La Redencion.—El Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre, ha muerto voluntariamente sobre la cruz, por nosotros y por nuestra salvacion. Hombre, ha sufrido; Dios, ha dado un precio infinito á sus

sufrimientos. Por su pasion y muerte ha reparado superabundantemente la injuria hecha por el pecado á Dios su Padre; nos ha rescatado de la condenacion eterna: este es el misterio de la Redencion.

Dios dijo á la serpiente: «Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu posteridad y su posteridad; tratarás de morder su planta, pero ella te aplastará la cabeza.» Esta fué la primera promesa de la Redencion. Isaías dice del Mesias: «El Señor ha colocado en él las iniquidades de todos nosotros. Ha sido ofrecido en sacrificio porque él mismo ha querido; ha sido herido á causa de nuestras iniquidades; ha sido golpeado á causa de nuestros crímenes, y nosotros hemos sido curados por sus heridas.» El mismo Jesucristo se ha dignado decirnos: «Dios ha amado de tal modo al mundo que le ha dado su único Hijo, á fin de que aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna... Dios ha enviado á su Hijo al mundo para que el mundo sea salvado por Él.» San Pablo pone en boca de Jesucristo esta solemne oblation á su Padre: «Tú no has querido hostias ni ofrendas, pero me has dado un cuerpo. Los holocaustos por el pecado no te agradaron, y entonces yo dije: ¡Héme aquí!»

Todos los símbolos de la fe católica nos obligan á creer que Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, por nosotros y por nuestra salvacion sufrió bajo Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. Nada más cierto que el dogma de la Redencion. ¿Cómo Jesucristo, siendo Dios, pudo sufrir y morir? Este es el misterio de la Redencion, el cual bajo este punto de vista se confunde con el de la Encarnacion. Jesucristo pudo sufrir y morir, porque era perfectamente hombre.

Sentado esto, la razon iluminada por la fe no vacila en formular las siguientes proposiciones, á las cuales nada se puede oponer.

1.º ¿Dios que habia creado al hombre necesariamente para su gloria, que se habia constituido necesariamente su fin último, no podia exigir la reparacion de la ofensa

cometida contra Él? El hombre había pecado; era absolutamente necesario que su falta fuese expiada, y que la expiacion fuese proporcionada á la ofensa, infinita como la ofensa, al menos por substitucion y reversibilidad.

2.º Era conveniente que Dios perdonase al hombre, ó que este fuese rescatado y rehabilitado, en el sentido de que Dios, que no había hecho gracia á los ángeles rebeldes, podía hacer gracia al hombre. El hombre, en efecto, permanecia despues de su caída la obra maestra y como el resumen de la creacion entera. Era todavía una gran cosa; conservaba los grandes rasgos de la imágen divina, imborrable en él. Había sido solicitado al mal por un poder exterior que había abusado de su ingenuidad é inferioridad para hacerle caer en la celada. Adán sólo había cedido á las seducciones de la compañera que el mismo Dios había hecho hueso de sus huesos, carne de su carne, sangre de su sangre, corazon de su corazon, alma de su alma. Llevaba en él una innumerable posteridad. No era un puro espíritu, sino un espíritu estrechamente unido á la materia; lo cual hacía su falta menos inexcusable que la del ángel.

3.º La Redencion exigía imperiosamente dos cosas: satisfaccion plena y entera de la justicia divina; rehabilitacion completa del hombre; es decir, adquisicion otra vez del estado sobrenatural, de la justicia original, de la santificacion por la gracia habitual y actual; llamamiento á la vida futura, á la restauracion gloriosa, á la vision instintiva, á la dicha eterna.

4.º Esta satisfaccion y rehabilitacion no podían ser procuradas ni por el mismo hombre, ni por una simple criatura, por perfecta que se pudiese concebir. En efecto, porque el pecado, la ofensa cometida contra Dios reviste una malicia virtualmente infinita, en razon de la dignidad infinita de la persona ofendida, la misma Reparacion debía revestir un valor infinito, por la dignidad infinita del Redentor. No era bastante que la víctima fuese santa, inmaculada, tenia que ser Hombre-Dios; hombre,

para poder, sobre la base de la solidariedad humana, cargar con la responsabilidad de todos los pecados de los hombres; Dios, para dar un precio infinito á su expiacion. El Redentor sólo podía ser el sér universal, Dios y hombre á la vez, poseyendo en Él de una manera inefable la divinidad y la humanidad, el cielo y la tierra, todos los tiempos y todos los lugares, todos los crímenes y todas las inocencias, para purificarlo y reconciliarlo todo.

5.º Porque el pecado, separacion violenta del alma de Dios, había tenido por consecuencia y castigo la muerte, separacion violenta del alma y del cuerpo; porque la muerte es el mayor acto por el cual Dios haya podido manifestar su soberano dominio sobre el hombre y su ódio infinito por el pecado, convenia, para que la Redencion fuese perfecta, que la muerte fuese voluntariamente aceptada por el Redentor. Que venga, pues, la gran Víctima divina y humana á la vez, que muera sobre la cruz, para que la salvacion, como el pecado, descienda del árbol, ocasion del crimen é instrumento del perdon á la vez, y entonces, entonces solamente la redencion será tan completa, que la santa Iglesia de Jesucristo esclamará en su entusiasta agradecimiento: *¡Felix culpa! ¡O pecado necesario de Adán!*

Porque, en el momento que Jesucristo espiraba sobre el Calvario, todos nosotros estábamos en Él, porque la sangre que corría en sus venas había sido sacada de las nuestras, mas no viciada; porque María su madre había sido inmaculada en su concepcion, pero sobrenaturalizada y divinizada, en alguna manera, por su union con la divinidad; porque aquel que moría era nuestro jefe, la cabeza y el corazon de la humanidad; porque, segun el dogma cristiano, los dolores, las tristezas, laagonia de la humanidad van á completar lo que falta á la pasion de Jesucristo, para que esta se convierta en individual ó nuestra; en una palabra, porque Jesucristo ha hecho de su muerte y de las nuestras una sola inmolacion, un solo é inmenso holocausto, en el cual es víctima única, divina y humana,

inocente y culpable, por una sola oblation; la santificación de los elegidos es consumada hasta la eternidad. *Consummatum est!*

El dogma de la Redención descansa, es verdad, sobre este principio de substitucion ó de reversibilidad, que los méritos de la inocencia son aplicables al pecador; que el inocente puede sufrir, morir, merecer, expiar en lugar del culpable, etc.; pero este principio es incontestablemente una ley de la naturaleza y de la justicia humana. En Roma, Decio, despues de haberse consagrado por la República á los dioses Manes y á la Tierra (la diosa *Tellus*), montó armado hasta los dientes sobre su caballo, y se precipitó en las filas enemigas; hace el sacrificio de su vida, lo hace por el ministerio del pontífice, en la creencia de que por él escapará su patria de los males que la amenazan, y despues de haber hecho su oracion á los dioses. En Atenas, fiando en la palabra del oráculo que promete la victoria á uno de los dos ejércitos que perderá su general en la batalla, Codro corre voluntariamente á la muerte por la salvacion de su patria. Agamenon dispónese á sacrificar á su hija Ifigenia, para asegurar á los griegos los vientos favorables que los conducirán á Troya. En Judea, Dios en una conversacion admirable con Abraham, sólo pedia la presencia de diez justos en Sodoma y Gomorra para perdonar estas ciudades culpables. El gran sacerdote Caiffás no vacila en decir que era ventajoso que un hombre pereciese por todo el pueblo. Era una costumbre entre los Fenicios, y entre los antiguos en general, que en los peligros eminentes, para prevenir la ruina de su pueblo, los príncipes de las naciones y de las ciudades se mostrasen dispuestos á sacrificar á la cólera de los dioses á aquel de sus hijos que más amaban. Cada día y por todas partes el hombre perdona al culpable, en favor del inocente que implora; por dóquiera y todos los días déjase enternecer por las oraciones de la virtud llorosa. Se ha creído por todas partes y siempre que el justo detiene los castigos, suspende el rayo de las venganzas, y hace inclinar la ba-

lanza de la misericordia. Se han ofrecido por todas partes y siempre sacrificios que sólo son en el fondo una substitucion, teniendo su razon de ser en la solidaridad humana, porque todo animal, toda criatura tiene alguna cosa de hombre. ¿Es, pues, admirable que el nuevo Adan nos transmita su vida regeneradora, despues que el primer Adan nos transmitió su vida corruptora? Si la desobediencia de Adan nos hizo pecadores, ¿por qué la obediencia de Jesucristo no podría hacernos justos? Condenados en Adan, aunque únicamente su naturaleza y no su personalidad fué la nuestra, ¿por qué no podríamos ser justificados por Jesucristo, que, conservando su personalidad divina, ha hecho suya nuestra naturaleza? ¿Por qué lo que tuvo lugar en el órden del mal, no podría tener lugar en el órden del bien? ¿Por qué la bondad no seria tan poderosa como la justicia?

Lo que la bondad, sin embargo, no puede hacer, es que los méritos de Jesucristo nos sean aplicados, individual y personalmente, por el solo hecho de su muerte, sin una cooperacion libre de nuestra parte. Tambien es necesario absolutamente que acabemos en nosotros lo que falta á la pasion de Jesucristo, por el cumplimiento de sus preceptos y consejos, por la imitacion de sus virtudes. Bajo este punto de vista ¿quién no admirará las almas generosas que, como los cartujos, los trapenses, los carmelitas, abrazan por estado voluntario el sufrimiento, para colmar en ellos y en los otros el alcance señalado por el gran apóstol? Desempeñan en el órden social la mision más alta y sublime, substituyéndose á los culpables y consagrándose por ellos. Se exalta al soldado que desafía el peligro y muere por su país; ¿cómo no admirar los mártires de la penitencia que hacen en el órden divino lo que los defensores de la patria en el órden moral? Preguntar de qué sirven estos héroes, cuando se cree en Dios, en el alma, en la libertad, en la caída, en la encarnacion, en la redencion, en el gran misterio del justo expiando por el culpable, es preguntar de qué sirve el mismo cristianismo.

¡Y cómo comprender también que se hayan revelado tanto contra el dogma católico de las indulgencias, que no son otra cosa que una aplicacion más ó menos estendida de los méritos de Jesucristo, hecha por la Iglesia en virtud de las leyes de la reversibilidad y de la substitucion, con la condicion de que cooperemos á la obra de Jesucristo por alguna buena obra! (Imitado del abaté de Berseaux en su *Ciencia sagrada*.)

Capítulo trigésimo primero.—**La presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino.**—Es el más espantoso de los misterios, porque parece presentar al espíritu tres grandes imposibilidades: 1.ª La transubstanciacion ó la conversion de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; 2.ª la presencia ó la concentracion, bajo el volúmen de una molécula de pan y de vino, del cuerpo y de la sangre entera de Jesucristo; 3.ª la persistencia de los accidentes interiores y exteriores, visibles ó invisibles, aparentes ó no aparentes, de la sustancia del pan y del vino, despues que ha sido convertida en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; 4.ª la presencia del cuerpo de Jesucristo en la hostia entera, y en cada una de sus partes separadas ó moléculas; 5.ª en fin, la multilocacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ó sea su presencia simultánea, bajo cada una de las moléculas del pan y del vino, y en los lugares más distantes. Pero, de una parte, estas imposibilidades sólo lo son en el espíritu humano necesariamente limitado; de otra, los progresos modernos de las ciencias, lejos de confirmarlas, las hacen desvanecer más y más cada día.

Lo desconocido es el misterio con todas sus imposibilidades; lo conocido está fundado sobre el testimonio divino de Jesucristo y la declaracion infalible de su santa Iglesia, la presencia real del cuerpo y la sangre de Jesucristo, con transubstanciacion, con concentracion, con persistencia de los accidentes ó apariencias del pan y del

vino, con fragmentacion de las especies sin fragmentacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, con disimulacion completa de los accidentes, apariencias ó propiedades del cuerpo y sangre de Jesucristo, con multilocacion, etc., etc. En otros términos, lo desconocido es: 1.ª la esencia de la materia, la esencia del cuerpo ó lo que constituye su sustancia propia, la molécula, ó lo que es tal que, cuando se le tiene, se posee la sustancia del cuerpo todo entero, que cuando se tiene sólo una parte, la sustancia del cuerpo no está en su integridad; 2.ª la naturaleza real de los accidentes, especies, propiedades y apariencias de la materia y de los cuerpos; 3.ª los diversos estados bajo los cuales puede existir un cuerpo en sí mismo, ó relativamente al tiempo, lugar, etc., etc. Pues bien, todas estas cosas son, segun confesion de los más sabios, incógnitas, misterios inaccesibles, impenetrables; luego seria absurdo argüir de estas incógnitas y de estos misterios para poner en duda el hecho incontestablemente revelado y divino de la presencia real. Al contrario, la sana razon nos obliga á concluir de los hechos revelados é incontestables de la Eucaristia á la naturaleza verdadera, aunque inaccesible en la apariencia, de la materia y de los cuerpos. Luego: I. Es de la esencia de un cuerpo que pueda, ayudando el milagro, encontrarse en estados muy diferentes; estado natural ó material; estado de cuerpo glorificado, espiritualizado, participando en alguna suerte de las cualidades de los espíritus. II. Luego la sustancia de un cuerpo vivo puede ser concentrada en un espacio en alguna manera indivisible. III. Luego un cuerpo puede estar realmente presente sin su amplitud natural y sin sus accidentes ó propiedades específicas. IV. Luego los accidentes de un cuerpo pueden ser fragmentados, y sus cualidades específicas pueden dejar de ser, sin que el cuerpo deje de estar todo entero en cada uno de sus fragmentos. V. Luego la multilocacion nada tiene de absurdo ó de imposible, y un cuerpo puede existir en un número cualquiera de lugares á la vez.